

ANT-XIX-1298 (6)

R. 67. 153

CARTA PASTORAL

QUE EL

EXCMO. É ILMO, SR.

OBISPO DE GUADIX Y BAZA

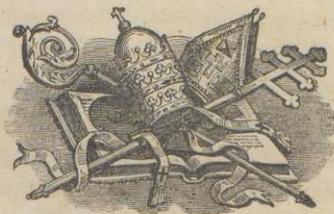
DIRIGE Á SUS DIOCESANOS,

PARA FORTALECERLOS EN LA FE

Y EN LA ESPERANZA, EN MEDIO DE LAS TRIBULACIONES

QUE HOY PADECE LA IGLESIA.

~~~~~  
Sirve por los correspondientes números del Boletín Eclesiástico.  
~~~~~



GRANADA.

—
IMPRESA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

1861.



1871



NOS EL LDO. D. ANTONIO RAFAEL DOMINGUEZ Y VALDECAÑAS,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE GUADIX Y BAZA, PREDICADOR DE S. M., CABALLERO DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, GRAN CRUZ DE LA AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, CONJUEZ HONORARIO DEL EXTINGUIDO SUPREMO TRIBUNAL APOSTÓLICO Y REAL DE LA GRACIA DEL EXCUSADO, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

Á NUESTRO

VENERABLE DEAN Y CABILDO,

AL CLERO, RELIGIOSAS,

Y FIELES DE NUESTRA DIÓCESIS,

SALUD, GRACIA Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Inimici ejus terram lingent: Et adorabunt eum omnes
Reges terrae, omnes gentes servient ei.*

PSALM. LXXI, vv. 10 et 12.

VENERABLES hermanos, y amados hijos nuestros: ¿Quién, al repetir tantas veces en la fiesta y octava de la *Epifanía del Señor*, que acabamos de celebrar, las sublimes palabras, que hemos puesto á la cabeza de esta instruccion pastoral: *sus enemigos lamarán la tierra, hollada por sus plantas: le adorarán todos los Reyes de la tierra; y le servirán todas las gentes*, que pronunció David en el Salmo LXXI; quién, repetimos, que lo haya leído con atencion, no se habrá acordado de Pio IX? Mas claro. ¿Quién, al meditar este brillante oráculo, cumplido en Jesucristo Niño, desde su misma cuna, en la adoracion y ofrendas de los Magos del Oriente, primicias de la gentilidad; en la turbacion de Herodes, y de

toda Jerusalem; en el estremecimiento de los idolos en Egipto, al presentarse en aquel clásico país; y mas que todo, en la rendicion y sumision del universo, al yugo de su fe y de su ley, iluminado por la misma estrella de los Magos, en las personas de los Apóstoles; quién, volvemos á decir, no verá el mismo hecho, las mismas circunstancias, y el mismo cumplimiento en la persona de su Vicario en la tierra, por toda la serie de los siglos, y dejará de abrigar la firme esperanza de que así continuará cumpliéndose hasta la consumacion de los tiempos? Por eso, amados hermanos é hijos nuestros, deseando, hace mucho tiempo, dirigiros la palabra sobre los ruidosos acontecimientos, que embargan hoy la atencion del mundo entero, particularmente del Orbe Católico, por la horrible persecucion que sufre la Suprema Cabeza de la Iglesia, y con ella todos sus miembros, su doctrina, su fe, y toda la Religion, derivándose á la sociedad misma; y no habiendo podido verificarlo hasta ahora, por habernos hallado ocupados en la Santa Pastoral Visita, y en la celebracion de las augustas solemnidades que nos han precedido, no lo dilatamos ya por mas tiempo, ni podemos resistir el golpe de luz que ha venido á ilustrarnos en estos sagrados dias, con la meditacion de tan inefables misterios; mucho mas, cuando al leer en las correspondencias de Roma la tierna, pero enérgica y misteriosa contestacion del Santo Padre, á la felicitacion del Sacro Colegio, en el dia de la Vigilia de la Natividad, vemos confirmado nuestro pensamiento en todas sus partes. Oid, pues, amados nuestros, este oráculo, que así puede llamarse, salido de la boca del invicto Pontífice; porque él es el mas firme apoyo de lo que intentamos persuadiros.

«Acabo de leer, dijo, en el Santo Evangelio que, apenas nacido en un establo de Belen un niño débil y desamparado hacia temblar al Rey Herodes en su trono. Porque estaba escrito de ese Niño, que nadie podria resistirle. Y héme aquí, á mí, su siervo, pobre y débil anciano, despojado de todo, sin auxilio, solo, desamparado tambien, que tambien pongo miedo en mis enemigos, y soy para ellos un extraño tropiezo. Yo estoy alegre, y mi alegría turba la suya. Y consiste en que yo, á despecho de todos

«mis infortunios , llevo dentro de mí una confianza suprema é in-
«contrastable, en que ha de llegarme un auxilio imprevisto que me
«libertará; no sé cuando, ni de qué manera; pero no importa: sé
«que ese auxilio ha de llegarme, y lo sé mejor que lo mas cierto
«de cuanto sé en este mundo. Por eso os digo, y quiero que el
«Universo entero lo sepa, que perseveraré firme, hasta el fin.
«Humanamente, nada puedo: ayudadme vosotros con vuestras
«oraciones.”

¡Admirables, misteriosas, y consoladoras palabras, que han ve-
nido á confirmar la semejanza que encontrábamos entre el poder
irresistible del Niño Dios, y el de su Vicario en la tierra; entre el
abatimiento de los enemigos de aquél, y el de los de éste; en una
palabra, la sublime contestacion de Pio IX, que acabamos de co-
piar, es la cifra de cuanto pensamos deciros en estas nuestras le-
tras Pastorales, dirigiendo para su desarrollo una rápida ojeada so-
bre el *pasado*, el *presente*, y el *porvenir* de la Silla de S. Pedro.

EL PASADO.

Es un hecho inexplicable á las luces de la historia, de la filoso-
fia, y de la política, que pasma y confunde á los mismos impíos é
incrédulos, que cuando los tronos mas firmes, las monarquías mas
poderosas, y los imperios mas robustos, y con mas elementos de
vida, que lía habido en el mundo, han desaparecido al cabo de al-
gun tiempo, el trono en que se sienta el Soberano que domina des-
de las orillas del Tiber, hasta los confines de la tierra: *à flumine
usque ad terminos orbis terrarum* (1). (que ordinariamente es un
débil anciano), y cuyo trono, desde su ereccion, ha sufrido cons-
tantemente los mas rudos ataques, se haya conservado inconst-
table é ileso, al través de mas de diez y ocho siglos; sin que las
pasiones mas encarnizadas de los hombres, la ambicion de los po-

(1) Psalm. 71, v. 8.

tentados del siglo, ni los porfiados esfuerzos del error y de la impiedad hayan podido derrocarlo. ¿Pero cómo era posible, estando fundado sobre una roca la mas firme, sobre una piedra la mas dura é imperecedera? *super hanc petram edificabo Ecclesiam meam?* (1) Así vemos que desde que se botó la frágil navecilla de la Iglesia al borrascoso mar del mundo, diez dias despues de la triunfante Ascension de Nuestro Señor á los cielos, bajo el gobierno del Sumo Pontífice, débil Piloto en concepto del siglo, ha venido atravesando tantas edades y tantas generaciones, majestuosa é impávida entre tan recios huracanes, tan furiosas tormentas, y tan peligrosos escollos, que mas de una vez se ha visto cubierta de las embravecidas olas, como su figura, la barca de los pescadores del lago de Genezaret: *ita ut navicula operiretur fluctibus*; (2) pero que jamás ha podido ser sumergida, y que siempre triunfante ha continuado, y continuará su marcha hasta el puerto de la eternidad. Registrad, sinó, amados nuestros, la historia del Pontificado, y vereis confirmado cuanto decimos.

En ella vemos, que si los Papas de los tres primeros siglos vivieron refugiados en las Catacumbas ó en los subterráneos de Roma, perseguidos por los Emperadores gentiles, humillados, abatidos, y afligidos hasta el extremo, siendo su existencia un prolongado martirio, hasta que en él la concluian; sin embargo, en aquellos mismos tiempos se apresuraban los fieles á poner á sus piés riquísimos patrimonios. En aquellos mismos tiempos recibian embajadas de Príncipes de remotos países, como las recibió el Papa Eleuterio de Lucio Rey de Bretaña. En aquellos mismos tiempos recibian obsequios de los Césares reverentes, como los tuvo el Pontífice Fabian de los Filipos, Emperadores de Roma. Y finalmente, en aquellos mismos tiempos tenian abundantes recursos, para remesar cantidades de consideracion á el África, á el Asia, y á otras distantes regiones, para auxilio de los celosos misioneros que se ocupaban en la propagacion del Evangelio, y para

(1) Math. cap. 16, v. 18.

(2) Math. cap. 8, v. 24.

el socorro de innumerables fieles, desterrados unos, y encarcelados otros, como hicieron el Príncipe de los Apóstoles, y sus sucesores S. Clemente, S. Sotero, S. Sixto, y otros. Y cuando, despues de la paz de Constantino, salió el Pontificado de la oscuridad de las Catacumbas, le vemos con admiracion sentarse sobre el trono de los Césares, rendirle éstos el mas profundo homenaje, imponer leyes á la capital del mundo y convertirse ésta *de maestra del error en discipula de la verdad*, segun la bella frase del Padre S. Leon (1). Vemos, andando los tiempos, ejercer el Pontificado un acto de poder, que no tiene ejemplo en la historia de los Soberanos del mundo, y que afectó á un mismo tiempo á la Iglesia y al Imperio; porque habiendo fallado un Concilio, de mas de seiscientos Obispos, celebrado en Calcedonia, que el Patriarcado de Constantinopla fuese el segundo despues del de Roma; con manifiesto perjuicio de los primitivos derechos del de Antioquia, fundado por S. Pedro, y del de Alejandría establecido por S. Marcos, (en cuya definicion conciliar influyó en gran manera la política de los Emperadores de Oriente, que ambicionaban para su córte esta honrosa preeminencia); el gran Pontífice S. Leon se negó abiertamente á sancionar ó confirmar tal decreto, y ni el favor de los Príncipes, ni la autoridad del Senado, que la protegian, fueron bastantes para hacerle subsistir (2). Otros muchos actos de esta naturaleza pudiéramos citar, de Concilios, que careciendo de legítimas condiciones, á que los Soberanos Pontífices negaron su confirmacion, á pesar de interesarse en sus disposiciones y decretos Monarcas poderosos, como un Concilio Ariminense, un Africano, un Antióqueno, un Constantinopolitano, uno de Milan, otro de Numidia, uno de Selúcia y el segundo de Éfeso, que por sus violencias mereció de los antiguos el titulo de *latrocinio*. (*Sinodus prædatoria*.)

Pero acaso se nos opondrá que todos estos son actos de la potestad espiritual. Con efecto, asi es; pero llevando en pos de sí,

(1) Serm. 4 in Nat. Sanct. Apost. Petri et Pauli.

(2) Baron. ann. 452.

y dominando los mas altos poderes de la tierra, cumpliéndose á la letra el *procedunt, adorabunt y servient*; esto es, que los Reyes y potentados del mundo y todos los pueblos y naciones, se le habian de postrar, adorar, y servir, como Vicario de Aquel de quien lo vaticinó David.

Pero si se desean argumentos mas directos de lo augusto, sublime, universal é imponente de este poder, de esta institucion divina: ¿qué cosa mas grande y admirable que detener el Vicario de Jesucristo, con sola su presencia, en las puertas mismas de Roma, á un enjambre de bárbaros, capitaneados por el fiero Atila, llamado el *Azote de Dios*, que solia decir, *que donde pisaba su caballo, no crecia mas la yerba*, y que orgulloso con sus triunfos y conquistas en toda la alta Italia, se prometia subyugar tambien á su imperio la Capital del Universo; vé con sorpresa, por primera vez, desbarratados sus proyectos y humillada su soberbia á la presencia y á la voz de un solo hombre, sin armas, sin fuerza material, ni otro auxilio que el poder divino de que estaba revestido? ¿Y qué diremos de aquellos tiempos en que el Romano Pontífice daba y quitaba cetros y coronas; (con gran provecho por cierto de las naciones y de los pueblos); como, en orden á lo primero, hicieron los Papas Estefano con Desiderio, Rey de los Longobardos: Zacarías, con Pipino Rey de Francia: S. Leon III con Cárlo Magno, y otros á este tenor; y en orden á lo segundo Gregorio VII con Enrique III; Inocencio III con Oton IV, é Inocencio IV con Federico II; pudiendo decirles, en cierto sentido, aquello de los Proverbios: (1) *Por mí reinan los Reyes, por mí imperan los Príncipes*; ó gloriarse, con Jeremías (2), de haber sido constituido por el cielo, *sobre las gentes y los reinos: para arrancar y destruir, para edificar y plantar*?

¡Y cuántas veces los Monarcas mas poderosos sirvieron á los Soberanos Pontífices, de palafreneros, como lo hicieron los Emperadores Federico I con Alejandro III en medio de la opulenta

(1) Prov. 8.

(2) Jerem. 1.

Venecia: y Ludovico II con Nicolao I á presencia de toda Roma (1); sin creer por eso que degradaban su majestad régia: porque servian al Rey inmortal de los siglos en la persona de su Vicario en la tierra!

Pero concretándonos mas al dominio temporal de la Santa Sede. Vemos en los primeros siglos, que cuando el Pontífice supremo no tenia estados propios para mantener su decoro é independencia, los fieles de todo el Orbe se creian en el deber de enviarle, como le enviaban, sus espontáneas oblaciones, que es lo que se llamaba *el dinero de S. Pedro*, que hemos vuelto á invocar ahora. Despues, cuando ese mismo Pontífice tendió una mano benéfica y protectora hácia las hermosas provincias de Italia, abandonadas de sus antiguos Señores, y presa de sus mas feroces enemigos, los piadosísimos Reyes de Francia Carlo Magno y Pipino, que las conquistaron á su nombre, le hicieron de ellas una donacion *perfecta, perpétua é irrevocable*, en que entraban á la vez la voluntad de los pueblos, y el derecho de sus conquistadores. Hé aquí, amados nuestros, los estados de que se quiere despojar al benéfico Pio IX, ó está ya casi despojado; ¡cómo si la pacífica posesion de mas de mil años, no fuese el título mas firme y mas robusto que puede reconocer el derecho de gentes; y la *prescripcion* mas larga y mas completa que pueda haber en el mundo, como escribia el inmortal Pio VII á Napoleon II (2).

Por último, cuando á fines del siglo XVIII y principios del XIX, se vió el Pontificado, representado por los dos Pios VI y VII, de eterna memoria, frente á frente con el coloso del siglo (3), sufriendo por parte de éste una agresion la mas injusta é inmerecida, el triunfo fué del Pontificado, y el sacrilego agresor, volviéndosele de espaldas la fortuna, murió, bien lo sabeis, en una escarpada roca del Océano, que parece colocó allí la Providencia para monumento perpétuo de las glorias de su representante en la tierra,

(1) Baron. ann. 1155.

(2) Á 21 de Marzo de 1806.

(3) Napoleon I.

y para lección, la mas viva y elocuente, á los que, despues de aquel, intenten seguir sus huellas.

Ved aquí, amados hermanos é hijos nuestros, algo del *pasado* de la Santa Sede Apostólica, de cuyas citas responde la historia. Ved aquí, volvemos á repetirlo, cumplido, en mas de diez y ocho siglos, el *procident, adorabunt y servient* del Rey Profeta, respecto al Hijo de Dios humanado; cuya mision, ya protegida, ya rechazada, siguen ó continúan sus Vicarios en la tierra. ¿Y qué diremos del *presente*, ó de la actualidad?

EL PRESENTE.

Las circunstancias de actualidad por donde pasa el Pontificado Romano, son uno de aquellos tiempos de prueba que ha atravesado con tanta frecuencia, y acaso el mas grave y acerbo de todos. Así parece calificarlo el invicto Pontífice Pio IX, inocente y sagrada víctima de tan horribles atentados, en su sabia y enérgica alocucion, pronunciada en el Consistorio secreto de 17 de Diciembre último, que en estos mismos momentos acabamos de recibir, por el respetable conducto de su Nuncio Apostólico en estos Reinos; cuyo importante documento publicaremos en nuestro *Boletín oficial*. Y con efecto, ¿Cuándo se ha combatido ó perseguido la Santa Sede con mas encarnizamiento, con mas hipocresía, y con mas perversos designios que en nuestros desgraciados dias; ya con la violencia de las armas, ya con la perfidia de la intriga y de la política, y ya con tantos y tan perniciosos escritos, que no cesan de reproducirse, como lo acredita el perverso folleto que acaba de publicarse en Paris, y que condena su Santidad en la alocucion referida, y otro que le ha seguido, no menos condenable y pernicioso?

Nos dispensamos, amados hermanos é hijos nuestros, de hacer una prolija y minuciosa pintura de las terribles calamidades que hoy padece la Iglesia, con su Suprema Cabeza, porque los va-

rios documentos que han salido de los sagrados labios del Soberano Pontífice, durante esta triste época, y muy especialmente la alocucion última, por su mayor extension, y porque abraza, no solo los sucesos de Italia, sino tambien varios otros de Alemania, de Francia, de Corea y de Cochinchina; así como la multitud de preciosos escritos, que han dado á luz nuestros Venerables Hermanos los Obispos de todo el Orbe Católico, y otros sabios y celosos autores, nos lo ponen todo como de relieve. Pero sí nos permitimos proponeros un cotejo entre el afligido Pontífice, y el Santo Rey David, cuando perseguido éste por Saul, abandonado de todos los suyos, sin haber quien le tendiese una mano compasiva, ni le prestase su auxilio; reducido á la mayor estrechez; refugiado en la cueva de *Odolam*, y próximo á exhalar el último suspiro, prorumpió en los tristes acentos que hallamos en el Salmo CXLI: leedlo, amados nuestros; meditadlo, y cuando llegueis á aquellas sentidas expresiones: *Miraba á la derecha, y no habia quien me conociese. = No me ha quedado siquiera el recurso de la fuga; y no hay quien se interese por mi vida. = Á tí clamé, Señor, en mi afliccion, y dije; Tú eres mi única esperanza. = Atiende á mis fervientes ruegos, porque me hallo sobremanera abatido. = Librame de los que me persiguen, porque se han envalentonado contra mí* (1); cuando llegueis, repetimos, á estas vehementes y patéticas frases, salidas de un corazon rebotando de amargura, no podreis menos de pensar en Pio IX.

¿Y por qué se le declara, y de dónde tiene su origen esta sangrienta guerra que hoy se sostiene contra el Pontificado? ¡Ah! amados nuestros, se ataca la soberanía temporal del Romano Pontífice, como ya hemos dicho muchas veces, para destruir, si pudiesen, su supremacía espiritual; y se atacan las temporalidades bajo los pomposos y capciosos nombres de *incompatibilidad* de los dos supremos poderes; de *libertad* de los pueblos; y de *unidad* ó *unificacion*, como ahora se dice, de las provincias Italianas. ¿Pero qué *incompatibilidad* puede alegarse entre las dos sobera-

(1) Vers. 6, 7, 8, 9 y 10.

nías, que viene desmentida en la práctica hace mas de diez siglos, por no apelar á tiempos mas remotos, y que nuestros adversarios reconocen y aprueban, aunque en un órden diverso, en el Emperador de las Rusias y en la Reina de Inglaterra? ¿Qué pueblos son esos que prefieren la sangre y el exterminio de la revolucion al gobierno paternal del Pontífice Romano? ¿Merecerán el nombre de pueblo unos cuantos perdidos, que no buscan otra cosa que medrar á la sombra de las sublevaciones, profanando el nombre de libertad, y convirtiéndola en desórden, destruccion y libertinaje? ¿Qué *unidad* es esa que se proclama, tendiendo á destruir la *unidad esencial*, la *unidad modelo*, la *unidad madre*, y por decirlo así, la *unidad de las unidades* que es la *unidad católica*, de donde han nacido las unidades políticas, y las unidades sociales? Que la tendencia de la revolucion en Italia es echar por tierra la unidad católica lo acredita suficientemente el afan de la propaganda inglesa en sembrar con profusion sus Biblias adulteradas en todos los pueblos y provincias de que se van apoderando las tropas revolucionarias, como ha sucedido en Nápoles: la ereccion de *Iglesias nacionales*, ú *oficiales*, que van apareciendo en el Piamonte y la Sicilia, á quienes surten los protestantes de objetos y de libros, para su espúrea liturgia; y lo que se trabaja en Francia para descatorizarla, y separarla de la obediencia del Romano Pontífice, de que son suficiente testimonio los folletos que acaban de publicarse en ella, y de que ya hicimos mencion. En vista, pues, de estos planes tenebrosos; al propio tiempo que teniamos desde luego la conviccion de que los ataques á la soberanía temporal del sucesor de S. Pedro son un pretexto para llegar á la espiritual; juzgábamos tambien que la envenenada raíz de todos estos males es el malhadado protestantismo. Pero ya, amados nuestros, no nos queda lugar de duda, cuando leemos en la citada última alocucion de nuestro Santísimo Padre estas notables y terminantes palabras: *Id porró ex falsa protestantium doctrina derivatum intelligimus, qui autumant Ecclesiam in civili imperio quoddam veluti collegium existere, nullisque proinde pollere juribus, præter ea quæ concessa illi sint atque attributa à civili potestate.* Es decir, que de la perversa doctrina

de los protestantes que enseñan, que la Iglesia existe en el imperio civil, como un Colegio ó Sociedad subordinada á él, sin derechos propios, y á merced de los que la potestad civil quiera concederle, nacen y tienen su origen todos los disturbios y calamidades que hoy afligen la Iglesia.

Sí, amados hermanos, é hijos nuestros, no lo dudeis; el protestantismo es la verdadera caja de Pandora que encierra todos los males, y de donde han salido, salen y saldrán cuantas calamidades aquejan la Iglesia y las naciones, hace mas de tres siglos. Por eso somos incansables en dar la voz de *alerta*, en todos los puntos de nuestra amada Diócesis en que nos encontramos: previniéndoos á todos de que las raposas amenazan la viña del Señor para demolerla, como dicen los Cantares (1) y que los lobos rodean el redil del buen Pastor para destrozar las ovejas, segun la comparacion del Evangelio (2); en una palabra, que nos andan muy de cerca los agentes de la impiedad, segun la frase de David: *in circuitu impii ambulat* (3). Y que no haya en esto algun género de exageracion, ni sean vanos nuestros temores, lo prueba hasta la evidencia esa Hoja suelta en sentido protestante, llena de las mas atroces blasfemias, que ha circulado poco hace en nuestra metrópoli Eclesiástica de Granada, obligando á su anciano y venerable Prelado á tomar la pluma para combatirla victoriosamente, y condenarla con todo el peso de su autoridad. Y lo acredita tambien los muchos folletos y libros protestantes que se introducen en el vecino puerto de Almería, teniendo siempre en continuo cuidado y vigilancia á nuestro respetable hermano el Prelado de aquella silla.

¿Y podremos y deberemos callar á vista de tantos y tan cercanos peligros? ¿Mereceremos la nota de duros é indiscretos, y otras calificaciones, por la constancia y energia con que clamamos contra el error y la impiedad, sin que por eso dejemos de amar las personas de los que yerran, pidiendo continuamente á Dios por su

(1) Cap. 2, v. 15.

(2) Joan. cap. 10, v. 12.

(3) Psalm 11, vers. últim.

desengaño y conversion? ¡ Ah, amados nuestros ! El pobre celo de vuestro Prelado, que nada es en comparacion del que anima á los demás, sus Hermanos en el Episcopado, se ha zaherido en algunos periódicos, mal informados, y menos respetuosos : se nos ha amenazado, por medio de inmundos anónimos, por nuestra decision en favor de la Suprema Cabeza de la Iglesia ; y otros y otros insultos, que ahogamos en nuestro corazon. Pero estos desacatos no nacen de nuestros muy amados hijos en Jesucristo, sino de algun extraño que vive entre nosotros, *pero que no es de nosotros* ; (1) ó de algun hijo bastardo, tal vez, que *blasfema de lo que ignora* (2); permitiéndolo así el Señor, para ejercitar nuestra paciencia. Mas no por esto nos arredramos, amados hermanos é hijos nuestros; *clamaremos sin cesar*, como nos encarga un Profeta (3); y si parecemos duros, y con demasiada libertad apostólica, les contestaremos lo que el grande S. Basilio á el prefecto Modesto, cuando conturbado éste con sus ácras reprensiones le dijo : *Nadie me ha hablado hasta ahora con la libertad y decision que tú* : á lo que contestó el insigne Prelado de Cesarea, é ilustre Doctor de la Iglesia : *Sin duda, porque hasta ahora, no has dado con un Obispo. Neque enim forsan in Episcopum incidiste* (4); que es decir, que un Obispo, un Prelado de la Iglesia, no puede dejar de ser fuerte, cuando se trata de reprimir y sofocar el error.

Mucho nos hemos detenido en describir el *pasado* y el *presente* de la historia del Pontificado; nos queda que ocuparnos de su *porvenir*, como una legitima consecuencia de estos antecedentes.

EL PORVENIR.

Está muy claro, amados hermanos é hijos nuestros; está muy claro, y terminante en las promesas de Dios, en la historia de los

(1) Epist. 1.^a B. Joan. Apost. cap. 2, v. 19.

(2) Epist. B. Jud. Apost. cap. únic., vers. 10.

(3) Isaiaë, cap. 58, v. 1.

(4) Act. S. Basilii, in Breviario Parisiensi.

siglos, en los oráculos del mismo perseguido y afligido Pontífice; y en la confesion de testigos irrecusables por sus principios religiosos y políticos, y por lo tanto de grande autoridad y peso en la materia, que el Pontificado supremo subsistirá para siempre.

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (1). Solemne promesa que lo mismo afecta al edificio que á la piedra sobre que está fundado; que primero faltarán los cielos y la tierra, que de deje de cumplirse en toda su extension.

Ellos se convertirán, esto es, cederán á tí, pero tú no á ellos: y peleáran contra tí, pero no prevalecerán: porque yo estoy contigo, para salvarte y libertarte, dice el Señor. Estas palabras que dirigió Dios á su profeta Jeremías, (2) se aplican á S. Pedro y sus sucesores en una respetable liturgia, que tambien es significativa en la materia, (3) y sin separarnos del oráculo de David, que Nos sirve de tema, infaliblemente ha de cumplirse lo de postrarse los Monarcas mas extraños y descreidos: lamer la tierra los enemigos mas feroces; adorarle, y ofrecerle dones, en vez de despojarle de los suyos, los Reyes de la tierra; y servirle y obedecerle todas las gentes: *Procident, lingent, adorabunt et servient.* Y aunque estos dos últimos oráculos no puedan entenderse del objeto á que Nos referimos, sino en sentido *acomodaticio*; pero son como la ampliacion y explicacion del primero; que es suficiente por sí solo.

Así nos enseña la historia universal, y la particular del Pontificado, que ha sucedido siempre, saliendo la Cátedra Eterna de todas sus persecuciones y conflictos mas brillante, mas *potente*, y mas esplendorosa que lo habia sido antes. ¿Y si siempre ha sucedido así, por qué no ha de suceder ahora? El invicto Pio IX así lo espera; ya lo visteis en su contestacion á la felicitacion de Pascuas. Volvedlo á oír en la alocucion del 17; «No decaigamos de ánimo:

(1) Mathæi cap. 16, v. 18.

(2) Cap. 15.

(3) Brev. Parisiens. fiest. de las dos Cátedras de S. Pedro reunidas, el 18 de Enero.

«(habla con los Emmos. Cardenales) sino insistiendo diariamente «en nuestras oraciones, levantando nuestros ojos á la montaña «de donde en medio de tan duras pruebas, esperemos el oportuno «auxilio. No faltará Dios á su Iglesia, no abandonará nuestra hu- «milde persona, y fortalecidos con su virtud, no nos separaremos «un punto de nuestro apostólico ministerio, ni desmayará nuestra «constancia por el miedo de los peligros, ni por el peso de las ad- «versidades.” Hé aquí, amados nuestros, la firme confianza que abraja en su corazon el perseguido y abrumado Pontífice, y la que todos sus amantes hijos debemos abrigar, fundados en las promesas eternas. Por último, alegaremos en confirmacion de estas verdades dos testimonios profanos, pero que su autoridad tiene gran fuerza, atendidas las personas y las circunstancias.

Hubo, á fines del pasado siglo, y principios del actual, un soldado en Europa que, cual otro Alejandro Magno, hizo enmudecer la tierra en su presencia, á vista de su poder y sus victorias. *Sicut terra in conspectu ejus* (1). Este soldado apreció matemáticamente, y en su lenguaje militar el poder, y la fuerza del Pontífice Romano. El soldado era Napoleon I, entonces primer Cónsul de la República francesa: el que ocupaba la Santa Sede, el inmortal Pio VII: el aprecio fué el siguiente: cuando acababa el primero de obtener la victoria de Marengo, y se mostraba mas dispuesto á entrar en transacciones con la Silla Apostólica, al enviar á Mr. Caucault para negociar con el Santo Padre un Concordato, le dijo estas notables palabras: *Id, y tratad con el Papa como si tuviese doscientos mil hombres sobre las armas*. Apresiasión inmensa pero justa, que no pudiendo entenderse de la fuerza material, porque no la tenia, apelaba á la fuerza moral ó mejor dicho, *sobrenatural*, mucho mas que equivalente en su cálculo á la suma indicada; ¿Y una potencia tan fuerte, cómo no ha de triunfar siempre? ¿cómo ha de sucumbir jamás? Pasemos al otro testimonio.

Hace años, que leimos en un periódico, y lo apuntamos, como si hubiéramos tenido un presentimiento de que habia de servirnos

(1) Lib. 4. Machab. cap. 4, v. 5.

alguna vez, la defensa que hizo de la Santa Sede Mr. de Toqueville, Ministro de negocios extranjeros en la Asamblea de la República francesa, sesion de 18 de Octubre de 1849.

«La segunda razon es, dijo, que el poder del Pontifice es uno «de esos poderes *inmateriales, incomprensibles, intangibles*, contra los que los mas grandes poderes materiales de la tierra se han «gastado, y gastarán en todos los tiempos.» Sublimes, y misteriosas palabras, que arrancaron estrepitosos aplausos en las tribunas. *Salutem ex inimicis nostris* (1).

Si, pues, todos los poderes de la tierra se han gastado, se han estrellado siempre, contra ese misterioso poder; se estrellarán tambien ahora, y el Pontificado triunfará de todos sus enemigos. Así lo vemos venir, amados nuestros, aunque de lejos; pudiendo aplicar á nuestro intento aquellas palabras de la Iglesia en la Dominica primera de Adviento: *Aspiciens á longe, ecce video Dei potentiam venientem*: Vendrá, no hay duda la Omnipotencia de Dios, su soberano auxilio, y acaso esté mas cerca de lo que pensamos, y humillará á los ambiciosos y orgullosos enemigos de su Vicario en la tierra, y les hará pegar el rostro con el polvo, hollado por su firme planta: *inimici ejus terram lingent*, y convertirá á los Reyes mas poderosos, á los Príncipes mas ufanos con sus triunfos, en silenciosos adoradores suyos: *et adorabunt eum omnes Reges terræ*, y el Pontificado recobrará con mayor extension y brillantez su dominio sobre todas las gentes: *Omnes gentes servient ei*. Así nos lo revela, amados nuestros, el *pasado*, el *presente*, y lo que esperamos del *porvenir*, que acabamos de exponer á vuestra consideracion.

Réstanos, solo hablaros de dos graves obligaciones que tenemos nosotros que cumplir y que entran en el plan de la Providencia para el triunfo del Pontificado: primera, la de insistir en nuestras oraciones y súplicas, para que Dios se digne consolar al afligido Pontífice, y conceder dias serenos á su Iglesia, *acercándonos*, como dice el Apóstol, *con seguridad y confianza al trono de la gra-*

(1) Luc. cap. 4.º v. 71.

cia para conseguir la misericordia y el auxilio oportuno, (1) interponiendo la eficaz mediacion de la *Inmaculada Reina de los Angeles María Santísima*, Madre de Dios y Madre nuestra: la intercesion del glorioso Arcángel *S. Miguel*, protector de la Iglesia de Jesucristo, como antes lo fué de la Sinagoga, y custodio y defensor, declarado por sí mismo al Emperador Constantino, de la Ciudad de Roma, y de la Santa Sede Apostólica; y por los ruegos de los Santos Apóstoles *Pedro y Pablo*, Príncipes de la Iglesia, y los de nuestro ínclito Patrono *S. Torcuato*, que enviado por S. Pedro á predicar el Evangelio en estas regiones, debe tener un interés particular por el sucesor de aquél y por nosotros. En su virtud renovamos las disposiciones que tenemos dictadas, para que durante las circunstancias que nos aquejan se diga en todas las Misas, así solemnes como privadas, la colecta *Et famulos* que lo abraza todo; sin perjuicio de las oraciones particulares de los fieles, principalmente los sagrados ofrecimientos de la preciosísima sangre de nuestro Divino Redentor, que dimos traducidos en nuestro Boletín Eclesiástico números 9 y 10 del año próximo pasado; con otras piadosas preces que publicaremos tambien; concediendo como concedemos, cuarenta dias de indulgencia por cada una, hechas con devocion.

La segunda obligacion es continuar contribuyendo con piadosas limosnas, para el sosten del Santo Padre y defensa de su justa causa. En esta parte Nos hemos convertido en demandante ó limosnero, por los pueblos que hemos recorrido practicando la Santa Pastoral Visita. Y á la verdad, amados nuestros, que hemos tocado prodigios de desprendimiento, animados de una fe tan ardiente, que con repeticion arrancaron nuestras lágrimas; sacrificios, tanto mas costosos y recomendables, cuanto gemian estos pueblos en la miseria mas espantosa: sí, lo diremos en elogio suyo; *Dólar, Huéneja, Fiñana, Abla, Abrucena, Doña María, Ocaña y Escúllar* han merecido bien del Pontífice, de su Prelado y de todos los buenos católicos.

(1) Ad Hæbr. cap. 4, v. 16.

¿Y se quedarán atrás las demás poblaciones de nuestra Diócesis, que no han oído hasta ahora nuestra voz, en esta segunda invitación? No lo creemos de vuestra acendrada religiosidad, y del celo de vuestros Párrocos, que os harán un nuevo llamamiento, en virtud de estas nuestras letras. Quizá el inmejorable estado en que se encuentran los sembrados de esas poblaciones, después de un año de esterilidad, sea debido á los sacrificios que hicieran por la Suprema Cabeza de la Iglesia. De cualquier manera, el cielo se encarga de remunerar temporal y eternamente lo que hiciéremos por nuestro Padre comun.

Concluamos ya, amados hermanos é hijos nuestros, este humilde escrito, y lo concluimos en el día que se celebra á la Santísima Virgen con el título misterioso de la *Paz*, tan acomodado y glorioso para la Señora; porque ella es la cándida paloma, que en el universal diluvio de la culpa, exenta é ilesa de ella, nos trajo el verde ramo de oliva, símbolo de la *Paz*: porque es la Madre del *Príncipe de Paz*, como llamó Isaías á Jesucristo (1); y porque dió la *paz* á los afligidos toledanos en un grave conflicto con los moros: esta *paz que supera todo sentido*, en lenguaje del Apóstol (2), es la que deseamos con los mas ardientes votos, para nuestro Santísimo Padre Pio IX; para todo el cuerpo místico de la Iglesia; para nuestros afligidos hermanos de Oriente; para las trabajadas provincias de Italia; para el Reino de las dos Sicilias; para todo el universo en general y para todos vosotros, amados nuestros, dándoos, en prenda de ella, nuestra pastoral bendición, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. AMEN.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Guadix, á 24 de Enero de 1861. — ANTONIO RAFAEL, *Obispo de Guadix, y Baza*. — Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Sr., LDO. JOAQUIN GOMEZ Y HURTADO, *Canónigo Secretario*.

(1) Cap. 9, v. 6.

(2) Epist. ad Philip. cap. 4. v. 7.



ADVERTENCIA.

Esta Santa Pastoral será leída por nuestros Curas Párrocos en el ofertorio de la Misa Mayor, ó en hora de mayor concurrencia del pueblo, anunciando en la Misa su lectura, distribuida en tres dias de fiesta consecutivos; en el primero la introduccion, y primer punto; y así por partes en los demás, publicando cuarenta dias de indulgencia que concedemos por oír atentamente su lectura.

OTRA.

En el mismo dia que acabamos de trazar estas líneas, hemos recibido de Madrid, con fecha 31 de Diciembre último, la publicacion de un opúsculo, que lleva por título: *El Pontificado; su pasado, presente y porvenir*, obra de nuestro amado diócesano Don Torcuato Tárrego. No sabíamos uno de otro el pensamiento que nos ocupaba, y nos congratulamos de que el súbdito esté con su Prelado tan conforme en ideas; pero nuestro escrito está en el estilo sencillo y pastoral, propio de nuestro sagrado ministerio; el suyo tendrá las galas de la elocuencia y erudicion que le son propias: el nuestro es la voz de un anciano Pastor á sus ovejas; el suyo es la pluma del filósofo, y del literato que defiende la mas santa de las causas en el terreno de las ciencias: el nuestro es un resumen: el suyo será el desarrollo y la ampliacion; felicitamos al Sr. Tárrego por su importante trabajo, y aunque no tenemos todavia el gusto de conocerlo, nos atrevemos á recomendarlo, por los antecedentes de acendrado catolicismo é ilustracion que adornan á su autor.—EL OBISPO.